

I

*Andalucía amarga*¹ es la última creación del grupo sevillano La Cuadra. Antes de su estreno en Madrid se presentó, en abril de 1979, en Bruselas, dentro del Festival Internacional del Nuevo Teatro. En octubre tuvo por escenario la antigua iglesia de San Hermenegildo, de Sevilla. Y en noviembre participó en el Festival de Otoño de París. En varias ocasiones—algunas desde estas mismas páginas²—me he ocupado de La Cuadra y sus creaciones. Dije entonces que los espectáculos del grupo—*Quejío*, *Los Palos*, *Herramientas*, y ahora *Andalucía amarga*—surgen, en primera instancia, de la necesidad de desmitificar los cantes y bailes de la Andalucía convertida en imagen estereotipada de pande-retas y trajes de lunares.

Esta desmitificación sirvió para crear un nuevo lenguaje teatral—aceptemos de una vez que los espectáculos de La Cuadra son «teatro»—de eminente raíz popular. Uno de los intentos más válidos y serios que conocemos. Esa expresión popular que se da en las creaciones del grupo sevillano no es fruto de un método intelectual, sino de una realidad sociocultural. Aquí no se «representa», sino que los miembros del grupo «muestran» sus vivencias; son protagonistas de su propia vida, buscando ellos mismos una interpretación emocional, social, política, del medio que los rodea. La Cuadra utiliza valores dramáticos de la vida misma—especialmente del mundo del trabajo cotidiano—que se muestran en el escenario y actúan como elementos culturales de comunicación teatral del medio popular. Todo ello establece una nueva dialéctica dramática sustentada en una vena preliteraria, por un lado: el cante, y aliteraria, por otro: el baile. No hay preceptivas ni culturalismos. El cante, el baile, la desarticulación corporal, la fatiga y el lamento, el sudor, el grito, la rabia... son los elementos del lenguaje de La Cuadra.

También señalé tiempo atrás que la crítica internacional había querido ver—concretamente en *Quejío*—cierto parentesco con el Teatro de la Crueldad postulado por Antonin Artaud. Artaud estuvo en México

¹ Título: «Andalucía amarga».

Autor: SALVADOR TÁVORA.

Intervienen: Manuel Alcántara, Mariana Cordero, Lilyane Drillon, Manolo Montes, José Morillo, Juan José del Pozo y Salvador Távora: «La Cuadra de Sevilla».

Asistente de dirección: Lilyane Drillon.

Creación y dirección: Salvador Távora.

Estreno: Teatro Martín, Madrid, 26-III-1980.

² Ver *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 308 y 317: «Quejío y el teatro actual», págs. 211-218, y «Teatro de autor y teatro de grupo: Buero, Nieva, El T. E. I. y La Cuadra», págs. 434-443, respectivamente.

y vivió experiencias fundamentales para la consolidación de su teoría teatral. Artaud buscaba la supervivencia de culturas primitivas, la expresión ritual del hombre que lo mostrara al desnudo, que le devolviera su condición de fuerza, de elemento vivo de la naturaleza, más allá de los cauces de la «comedia social». Artaud hablaba de situaciones límite, de la gran verdad de quien se sabe condenado por la peste. Los espectáculos de La Cuadra son ceremonias violentas, trágicas, estremecedoras, impregnadas de una extraña magia que transmite al espectador la autenticidad de la realidad viva y verdadera. Es un ritual permanente en el que los miembros del grupo se ofrecen a sí mismos, sus vivencias, para llegar al éxtasis casi, al trance, en ese descubrirse, en ese mostrarse al desnudo a los demás. Eso es lo que hace La Cuadra: nos revela —«cruelmente»— la verdadera condición humana, descarnada, sin máscaras.

II

Andalucía amarga es una reflexión sobre la emigración en general, y andaluza, en particular. De los objetivos y pretensiones del espectáculo nos informa su creador y director, Salvador Távora, en unas notas del programa:

«*Andalucía amarga* puede ser—por el impulso fundamental de su concepción y en medio de las aspiraciones del debate cultural que en la parcela del lenguaje teatral intenta plantear—la ordenación, en un determinado espacio, de las circunstancias y sensaciones que ante el hecho de la emigración y desde un punto de vista coincidente muy sugestivo sentimos unos andaluces, algunos compañeros emigrantes residentes en Bruselas. Al imaginar este cuarto montaje, como guión de desarrollo para canalizar comportamientos y respuestas individuales, he intentado mantener, como en anteriores trabajos, una rigurosa correspondencia entre lo que se es y lo que se muestra en el espacio escénico, evitando la injerencia de cualquier factor, teatral o externamente político, que rompiera esas naturales relaciones.»

Estas líneas de Távora confirman la trayectoria, la coherencia de la línea de creación de La Cuadra. Esta vez se trata del drama de la emigración; pero, como siempre, produciéndose esa rigurosa correspondencia entre lo que se es y lo que se muestra en escena.

El espectáculo comienza cuando las llamas de dos candiles quiebran la oscuridad. Ya desde ahí se nos está diciendo que asistimos a un rito, a un ceremonial. Encender los candiles es la búsqueda del hombre, la disipación de las sombras para que ese hombre se muestre en claridad:

auténtico. Luego, poco a poco, los miembros del grupo pueblan el escenario. Están en su tierra. Los cantos y el baile delatan la miseria, van surgiendo estremecedores. La música de órgano acentúa el carácter litúrgico. Y la mujer: silenciosa, contemplando, enlutada, marginada; ese es el único papel que conoce, el único que socialmente le han dejado desempeñar. Cuando marche, cuando emigre, se integrará por el trabajo. Entonces cambiará su ropa y dejará su marginación. El dramatismo crece; la violencia interior de los cantos y el baile realza el dolor. Y entre el canto desgarrado y la danza anárquica, entre el grito y el quebranto íntimo, desciende del techo un gigantesco candelero para velas: paso de Semana Santa, Andalucía sombría y penitente, dolor enlutado, estampa negra. Y, luego, tres palos golpeados contra el suelo con saña y un taconeo enervante que forman un tren. Un tren oscuro, un tren para alejarse, para emigrar. Imágenes, sensaciones apenas definibles que surgen de la unión entre el sentimiento y la expresión verdadera de ese sentimiento a través del cuerpo y la garganta. Un esfuerzo ilimitado, un descoyuntamiento, un sacudimiento continuo, visceral, de los músculos, que alcanza su grado máximo con la aparición de una auténtica retroexcavadora al fondo del escenario. Es la máquina feroz que oprime y devora con sus mandíbulas de hierro y contra la que se debaten en violenta lucha cada uno de los personajes para resurgir diciendo, cantando palabras de libertad y regeneración. Se prolonga esa lucha y es ahora una auténtica sinfonía sonora a base de herramientas de trabajo—golpes de martillo y torno, paletadas, chirridos de soplete, el desenrollarse de una gruesa soga de una gran bobina—y el voltar metálico y desaforado de la retroexcavadora, lo que inunda el escenario. Luego, un grito desesperado, unitario, y vuelve el silencio. Poco a poco se reagrupan: coral de brazos unidos, hombres solidarios. Al final, un texto que no se canta, que, por sobre el jadear de las respiraciones, más que decirse se grita, se arroja, a la cara o a la indiferencia. Paulatinamente el escenario se vacía. Vuelve la oscuridad tras apagarse los candiles.

En *Andalucía amarga* se mantiene el procedimiento de espectáculo-alegoría. Permanece la idea de representar la opresión mediante elementos materiales: un bidón pesado al que estaban atados los miembros del grupo y que había que arrastrar, en *Quejío*; unos palos amenazadores que hundían y aplastaban, en *Los Palos*; una hormigonera, en *Herramientas*; y, ahora, una auténtica retroexcavadora, en *Andalucía amarga*. Junto a eso—como señalé al principio—, un lenguaje gestual y visual que acompaña al canto.

Lo que con todo ello se relata es la vida de unos hombres, de todo un pueblo, que va siendo privado de sus raíces, de su tierra, de su forma de trabajo y, en definitiva, de su libertad. Un pueblo que es conduci-

do a la emigración y al trabajo industrial. Un pueblo que marcha a la despersonalización. Podría decirse—como señaló Haro Tecglen—que en ese enfrentamiento hombre-máquina está presente, mediante una metáfora actual, el viejo enfrentamiento con el destino, la lucha agónica contra las fuerzas superiores: el «deus ex machina» de Eurípides y su tiempo. La Cuadra nos introduce en el dominio de la tragedia en puridad. Una tragedia contemporánea, de héroes cotidianos, y construida con elementos singulares.

Volvamos a las notas de Salvador Távora en el programa:

«*Andalucía amarga* no pretende ser un espectáculo en el que se historicen las causas y se expongan las soluciones ante un hecho doloroso. *Andalucía amarga* sólo aspira a ser un poema físico y sonoro en el que se sienta la angustia vivencial y existencial del cruel desarraigo que lleva implícita la forzada emigración.»

Y, en efecto, *Andalucía amarga* resulta, como pretendía Távora, un auténtico poema físico y sonoro. Un poema con la mejor de las cualidades: la autenticidad. El espectáculo de La Cuadra se concibió desde una perspectiva muy concreta: el entorno andaluz. Pero la emoción sobrepasa la anécdota. Sobrepasa incluso la localización geográfica en que se desarrolla. *Andalucía amarga*, partiendo del contexto específico andaluz, está recorrida por un sentimiento universal: el del ser humano y su desarraigo, su manipulación, su explotación. Incumbe a la esencia del hombre. Por la sinceridad con que ha sido planteada, por la verdad con que se ha hecho.

ANTONIO GALA: DEL BARROQUISMO Y LA AMBIGÜEDAD

I

Poseedor de una curiosidad inagotable, ningún género literario ha dejado de tentar a Antonio Gala. Ensayo, relato, poesía, teatro, artículos periodísticos, conferencias, guiones de cine y televisión... en todos los campos en que ha probado suerte ha logrado notoriedad, y en todos ha quedado patente su espléndida formación intelectual y su buen gusto literario, con los que ha conseguido significados sorprendentes. Con un estilo de fuerte raíz poética y delicado humor, irónico y polémico, de innegable originalidad y lleno de fantasía, Antonio Gala es uno de los nombres inevitables al hablar de nuestra cultura. En el campo del teatro, a nadie se le escapa que Gala es uno de los autores fundamentales